



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

LOS PRECEDENTES



—Pero, hombre, ¿qué necesidad tenía el gobierno de ponerse en ridículo de esa manera?

—¡Qué quiere usted! Hemos consultado los precedentes...

—¡Ah! ¿Pero ustedes creían que se había muerto antes que Zorrilla alguien que valiera tanto como Zorrilla?

P. 11/9

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, XXIV, por Calixto Navarro.—La solitaria, por Juan Pérez Zúñiga.—Todo lo abarca el progreso, por José Estremera.—Bibliografía festiva, por Antonio Sánchez Pérez.—La castañera, por Salvador Rueda.—Voz del pueblo, voz de Dios, por Rafael Torromé.—La dentición, por Sinesio Delgado.—¡Ojo!, por Eduardo de Palacio.—El epílogo, por Antonio de Montalbán.—Cantares, por Ramón Trilles.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Los precedentes.—El verdugo laborioso.—Anuncios, por Cilla.



La muerte del gran Zorrilla ha servido de pretexto para que se desbocaran algunos poetas y acudiesen a llorar sobre su tumba. Hay personas que están deseando que se muera cualquier genio nacional para pulsar la lira.

A nuestra redacción han venido cuatro ó cinco bardos de esta localidad con versos húmedos á fin de que se los publicáramos en el MADRID CÓMICO. La portera estaba ya enterada de nuestra resolución, y en cuanto veía un poeta fúnebre cogía la escoba y le decía:

—No puede usted subir.

—¿Por qué no?—contestaba el poeta.—Vengo á derramar mi llanto acerbo sobre el sepulcro del último trovador.

—Pues no se pasa.

—¿Es decir que no puedo verter lágrimas poéticas?

—No, señor; aquí no se vierte nada. Váyase usted á la columna de la esquina.

Gracias á la portera, nos hemos librado de humedades, y los lectores también.

MADRID CÓMICO se asocia de todo corazón al duelo nacional, pero no pone sus columnas á disposición de los vates á la *funeral*, como los titula muy oportunamente Pepe Laserna.

El que quiera lucir sus dotes de versificador, que publique un librito y se lo regale á las personas de su intimidad, ó que haga un periódico para su uso y el de su familia.

No queremos que el insigne Zorrilla sirva de pretexto para halagar el orgullo insano de unos cuantos señoritos.

Zorrilla no había sido ministro ni diputado ni siquiera concejal, y todo Madrid acudió, sin embargo, al entierro del muerto ilustre. Esto es consolador en medio de todo. No ha habido necesidad de que el gobierno tomase la iniciativa y declarase el «luto nacional» en la *Gaceta*. Todos los que habían leído versos del inmortal Zorrilla se conmovieron ante su cadáver, y Madrid ha dado un espectáculo que le honra y enaltece.

Tiempo era ya de que se tributaran al genio los honores que aquí prodiga el Estado á los hombres políticos. Á lo mejor muere un «congrio» ilustre que ha tenido la suerte de llegar á senador vitalicio ó á general ó á consejero de Estado, y el elemento oficial se conmueve; el gobierno baja de su altura y los porteros de los centros oficiales se ponen el uniforme para acudir al entierro con cirios y lazos de crespón.

—¡Caramba!—dice en el café uno de esos aduladores eternos de todos los políticos.—¿Sabe usted quién se murió anoche?

—¿Quién?

—D. Cipriano.

—¿Qué D. Cipriano?

—¿No le conocía usted? ¡Parece imposible! D. Cipriano, el que ha sido vicepresidente del Congreso.

—¡Dios le haya perdonado!

—¡Hombre! No hable usted así con esa indiferencia, porque se trata de un personaje.

Y el adulador nos dice que el Estado es quien dispone el entierro y que acudirán los coches del Senado, del Congreso y de la Diputación provincial, porque se han consultado los «precedentes» y resulta que el año 61 murió otro D. Cipriano y se le enterró con música y flores artificiales y una guitarra.

Murió Zorrilla, y el gobierno comenzó á registrar «precedentes», de los cuales resultaba que no se había muerto ningún otro Zorrilla de veinte años á esta parte, y ¡claro! no se le han podido tributar honores de cierto género.

¡Bah! De todas suertes, el entierro ha resultado solemnísimo, la manifestación admirable y el espectáculo grandioso; y eso que el difunto no había sido ni ministro ni diputado ni siquiera concejal.

Era simplemente *un poeta*.

Pero superior á Jové, ese vicepresidente del Congreso de los diputados.

El gobierno tuvo necesidad de suspender las tareas de «encasillado» para acudir al entierro de Zorrilla, y decía uno de los ministros dirigiéndose á un compañero:

—Mire usted que es triste esto de venir á un entierro y no saber quién es el difunto.

—¿Pero no le conocía usted?—le preguntó su colega.

—No, señor; yo al principio creí que se trataba de Ruiz Zorrilla, pero luego me han dicho que es otro.

—Ya lo creo. Éste es el autor de *El puñal del gordo*.

Ahora resulta que todos eran amigos íntimos del gran poeta. Durante su larga y penosa enfermedad fueron poquísimos á visitarle; pero después de muerto todos nos disputamos el honor de haberle asistido en sus últimos momentos.

—Yo á D. José le quería como á un padre—nos decía uno.—La última vez que le vi me estrechó la mano, como dándome á entender que pensaba morir de un momento á otro.

—Era cariñosísimo—añadía un joven poeta que lleva siempre en el bolsillo los frutos de su imaginación.—Casi todas las tardes me iba á su casa para leerle mis producciones, que le gustaban mucho. Por cierto que la última vez se impresionó de tal suerte que tuvo un vahido.

—No lo extraño. Hay lecturas que matan.

Es posible que el inmortal autor de *Don Juan Tenorio* haya dicho para sí antes de exhalar el último suspiro:

—¡Gracias á Dios que voy á verme libre de amigos importunos!

Y habrá ido derecho á la gloria, siquiera sea por las latas que ha soportado en este mundo.

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

XXIV

Tu empeño, amigo Delgado, me pone en un compromiso, pero tú te has empeñado y allá va, ya que es preciso.

¿Que cómo hago las comedias me preguntas? Pues es llano: una tras otra y á medias con todo el género humano.

Las extracto del francés siguiendo la escuela Pina; ó me inspiro en el inglés, ó en un cuento de cocina.

Hablando mal de los ricos, que suele dar *buena sombra*; como se hace el pan de picos ó se sacude una alfombra.

Poco tiene que aprender y ésa es pregunta de *un quinto*.

¿Cómo se hacen para hacer que se aplaudan? Ya es distinto.

Se busca un poco de sal de Miguel Ramos Carrión, agudeza de Vital y tu versificación.

Se le da á todo sus friegas buscándose un buen empeño, de Ricardo de la Vega con *sic* de Tomás Luceño, y hecha con mucho cuidado esta... *menestra* especial, ya se tiene asegurado un éxito colosal.

Las que con aplauso di, gracias á mis raterías, todas las he escrito así. Las silbadas, eran más.

CALIXTO NAVARRO.

24 Enero 93.

LA SOLITARIA

—Señor doctor, yo vengo de Batiçola (de cuyo humilde pueblo soy boticaria) para que usted me vea.

—¿Viene usted sola?

—No, que viene conmigo la solitaria.
Desde hace algunos años estoy con ella
y lo que yo padezco no es para dicho.
—Sí, señora; en sus ojos se ve la huella
de un sufrir continuado.
—¿Si es un mal bicho!
—¿Y qué es lo que usted siente?
—Siento morirme.
—¿Excitación nerviosa?
—Y hambre canina;
porque lo que yo compro para nutrirme
quien se lo zampa es ella, la gran indina.
—Todas hacen lo mismo.
—No hay quien lo aguante.
—Pues tome por las noches un cocimiento
de raíz de granado.
—¿Cómo? ¡Es chocante
que me mande usted ese medicamento!
—Hasta que usted la expulse no se repone.
—¿Pues fácil es echarla! Yo le aseguro
que se queda conmigo, si se propone;
porque es larga, ¡muy larga!
—Me lo figuro.
—Y tiene una cabeza...
—¿Y usted qué sabe?
—La expulsó antes de ahora?
—Salió bufando.
—¿Y la guarda en un bote?
—¿Quién, si no cabe!
—¿Pero de qué demonios me está usted hablando?
—No es del famoso bicho de larga cola?
—No señor, de prima la Candelaria,
que, como es una arpía, siempre está sola
y la llaman por eso la solitaria.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

TODO LO ABARCA EL PROGRESO

I

A la puerta del ventorro,
sentados bajo el parral
que con sus pámpanos verdes
movediza sombra da,
comiendo un plato de migas,
en santa fraternidad
está la cuadrilla toda
del señor Quico el Pardal.
Famosa por sus hazañas
en el arte de robar
á campo abierto y luchando
con cuantos peligros hay,
es dueña de la comarca
y reina de modo tal
que la agasajan las gentes
por donde quiera que va.

II

Cuando en la fuente quedaban
las cucharas nada más
y ya sin alma la bota
estaba para expirar,
subiendo por la vereda
que viene de la ciudad
apareció el señor Quico
sobre un hermoso alazán.

III

—A la paz de Dios, señores,—
dice el bandido al llegar,
y—A la paz de Dios—responden
con respeto los demás.
Y después de echar pie á tierra
y un trago al cuerpo, y limpiar
con el dorso de la mano
su barba, canosa ya,
así dice á su cuadrilla
con un tono paternal:

—Hijos míos, el progreso
es ley de la humanidad,
y lo veréis adelante
donde quiera que vayáis.
Nosotros los bandoleros,
para ganarnos el pan,
hemos vivido hasta ahora
sin dormir ni descansar,
aquí huyendo, allí matando
de frente, en lucha campal,
siendo fieras, cuando somos
hombres como los demás.
En este tiempo ésa es cosa
que no pega, la verdad.
Así, la ley del progreso
que debemos acatar
ha cambiado nuestro oficio
de manera radical.
Lo veréis si en lo que pasa
en toda Europa os fijáis:
unos, muy piadosos, fundan
un asilo ú hospital,
lo administran y se comen
los enfermos además;
los otros, más atrevidos,
forman una sociedad
para hacer cambiar el mapa
ó para otro asunto igual;
valientemente los menos,
cobardemente los más,
se lucran á costa ajena
y viven en santa paz.
Conque así, queridos hijos,
marchemos á la ciudad,
y poniéndonos levita,
ó abrigo de piel ó frac,
y abandonando el trabuco,
que de nada sirve ya,
vamos todos á ser unos
caballeros, y... á robar.

JOSÉ ESTREMER.

BIBLIOGRAFIA FESTIVA

Pues sí, señor; Víctor Balaguer, uno de los escritores más inteligentes y más laboriosos de nuestra época, ha publicado, no ha mucho tiempo, dos libros rotulados (según ahora se dice) *Cristóbal Colón* y *Al pie de la encina*, y Eugenio Sellés, el celeberrimo dramaturgo, ha dado á la estampa una colección de cuentos á los cuales pone el epígrafe general de *Narraciones*.

De ambos á dos autores y de ambos á tres libros, como dijo el

otro, deseaba yo hablar á los lectores de MADRID CÓMICO; pero ya se ve, todos presentíamos la caída de los conservadores, caída que, en efecto, sobrevino un poco antes de lo que sus adversarios esperaban y aun de lo que ellos mismos temían, y era de presumir que Víctor Balaguer, al advenimiento de Sagasta, fuera ministro, y Eugenio Sellés poco menos que ministro; tuve miedo, por consiguiente, de salir por esos mundos y por esas columnas cantando alabanzas muy justas y muy merecidas sin duda, pero que acaso podrían parecer interesadas, de un ministro de la corona y de un subsecretario de la Presidencia, por ejemplo... yo, que he sido siempre y espero ser mientras conserve mi juicio sano republicano federal; vamos, que eso no habría estado bien visto.

Pero pasó el tiempo, y con el tiempo han venido la experiencia y los desengaños; Víctor Balaguer no es ministro, ni creo que ocupe hasta hoy puesto alguno oficial, cosa que debí figurarme porque es uno de los hombres que más valen dentro de su partido y también uno de los que más servicios le han prestado, y es claro que el partido fusionista hubiera procedido contra su costumbre si no hubiese prescindido de él. El autor de *El nudo gordiano* sí figura entre los que tienen posición oficial, aunque muy inferior á sus merecimientos; pero los que están en el secreto saben de sobra que el destino que Sellés desempeña no es de esos que habilitan para dispensar mercedes ni hacer favores; puedo, por lo tanto, elogiar, sin parecer adulador del encumbrado, los libros á que antes hice referencia.

¡Y vaya si merecen ser elogiados!

Del libro de Víctor Balaguer *Cristóbal Colón* declaro con franqueza —y si me queda otra que me parta un rayo—que me agrada más que la obra de Emilio Castelar, cuyo hipérbaton de última hora es para mi escaso entendimiento incomprensible. Y conste que he dicho varias veces y en muchos tonos, y repito una vez más ahora, que soy admirador y entusiasta de D. Emilio, lo cual no obsta para que no alcance á distinguir el mérito del nuevo estilo que ahora gasta para las obras de empeño. Lo digo como lo siento, y muy seguro de que al decirlo

ni quito ni pongo rey,

ni siquiera ayudo á mi señor, primeramente porque yo no tengo señor, y segundamente porque no me propongo ayudar á nadie.

Víctor Balaguer y Eugenio Sellés no necesitan, por cierto, que yo les ayude; pueden ir solos por ahí perfectamente.

El libro *Cristóbal Colón*, libro cuyas condiciones materiales honran el establecimiento tipográfico El Progreso Editorial, en que ha sido impreso, contiene los trabajos titulados:

Castilla y Aragón en el descubrimiento de América. (Conferencia dada en el Ateneo de Madrid, y que elogió unánimemente la prensa.)

«Un viaje á la Rábida.»

«La urna de Cristóbal Colón.»

«España en el descubrimiento de América.»

Y «Una carta del Sr. Martín y Gavía.»

En todos y en cada uno de estos trabajos resaltan las envidiables cualidades que reconocen todos en el Sr. Balaguer, de artista, de literato y de historiador.

Las mismas cualidades brillan en el lindísimo trabajo titulado *Al pie de la encina*, impreso en el mismo establecimiento, y al cual su autor, poeta de inspiración inagotable, titula *Historias, tradiciones y recuerdos*.

«Los valles del Montseny» *La tragicomedia de Fernández Servaten* y *Recuerdos históricos*, son los asuntos principales de estas primorosas páginas, cuya lectura es sobre todo encarecimiento agradable y con toda evidencia instructiva.

De Eugenio Sellés, ¿qué voy á decir? Creo que no es académico; sospecho que no lo será nunca; pero ¡vaya si escribe bien! Mucho mejor que la mayor parte de los académicos, y discurre mejor todavía: en eso sí que no hay casi académico que le iguale.

Y no vayan ustedes á figurarse que todo me parece excelente en la colección de cuentos del insigne Sellés, no señor, hay cosas con las cuales no estoy conforme; no lo estoy, por ejemplo, con que hable de *noches soñadoras* (pág. 8); ni con que en la página 91 escriba: «Naturalmente, la buena muchacha lo prometió así, y aun lo cumplió mientras no estuvo provista de otro amante, que fué al mes cabal, en cuyo punto y hora... etc.» porque ese *cuyo* de discutible ortodoxia gramatical me parece un descuido que el ilustre autor de *Las vengadoras* y de *El nudo gordiano* estaba obligado á evitar.

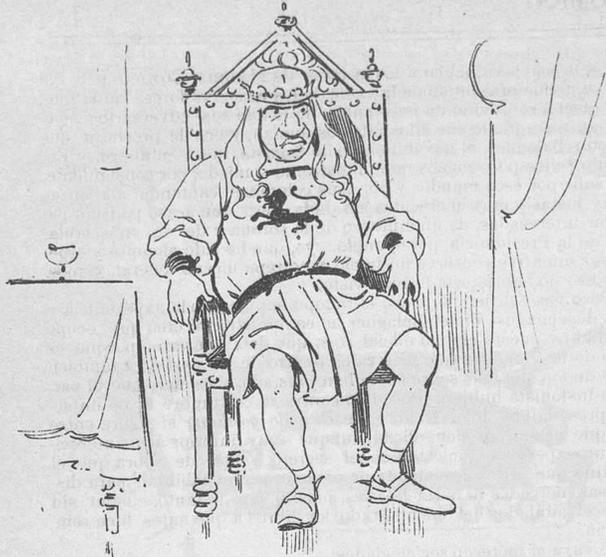
Pero ¿qué significan esos pueriles reparos que apunto, más como prueba de haber leído á conciencia y detenidamente el libro, que como alarde de imparcialidad, comparados con las innumerables bellezas de que están sembrados los diez cuentos que el tomo contiene?

Por supuesto que Sellés, lo mismo en sus cuentos que en sus artículos es, ante todo, autor dramático. En cada uno de sus cuentos hay un drama; en alguno hay varios dramas.

Drama en el titulado *Espejismos*; drama en *Los anteojos de la edad*; varios dramas hay en *La receta de Maese Antón*; varios en *Los sueños de la Epifanía*, y en *La caja de cedro*, y en *Plácida*, y en *Cómo argumentan los necios*, y en *Una broma de Carnaval*, y en *Traidor, inconfeso y mártir*, que aparte de la condición humilde de los personajes, es una verdadera tragedia.

Por sabido callo que en esos cuentos dramas hay convencionalismos teatrales, como en *Las vengadoras* y en *El nudo gordiano* puede haberlos. De esos convencionalismos, alguna vez aceptables, otras ya no me lo parecen tanto, como *verbi gratia*, la hipótesis en

EL VERDUGO LABORIOSO



Este era un señor feudal que tenía á su servicio un verdugo.



El cual verdugo, por la paz octaviana que se disfrutaba en el castillo y sus alrededores, languidecía en la inacción y en la holganza, lamentándose de cobrar su sueldo sin ganarlo honradamente.



Pero un día el señor recibió un pergamino anónimo que le hizo entrar en ciertas sospechas.



A consecuencia de las cuales fueron decapitados tres de los jefes de su guardia.



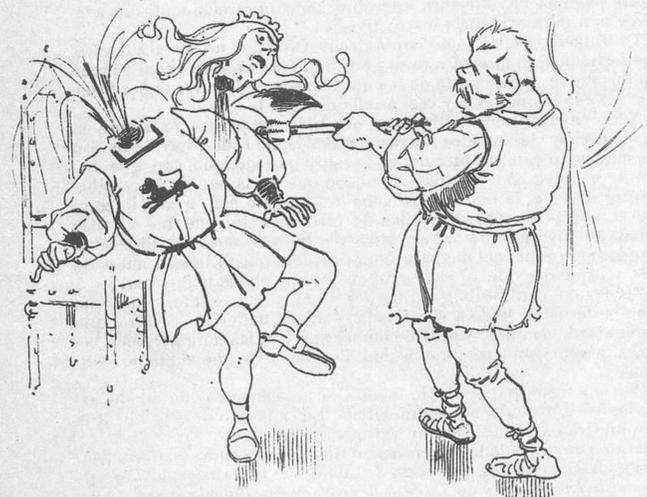
Que antes de morir denunciaron ciertas fechorías de la mitad de su servidumbre... que cayó, como era de esperar, á manos del verdugo.



Poco á poco, de delación en delación, fueron entregándole sus cabezas los restantes habitantes del castillo, con gran regocijo del buen hombre, que al fin justificaba su salario.



Pero llegó un día en que para ejercer el oficio tuvo que emprenderla con los animales domésticos.



Y, quieras que no quieras, ¡zas! se la rebanó de un solo tajo.



Terminada su misión y satisfecho de no haber robado la soldada, se presentó á ofrecer sus servicios en el castillo próximo.



De donde, precisamente por trabajador, le echaron con cajas destempladas.



Y así nació la teoría de que la sociedad no proporciona nunca trabajo á quien lo necesita.

que se funda *Una broma de Carnaval*. Creo en conciencia que no hay padre que gaste bromas por aquel estilo, ó que no las ponga término inmediato, caso de gastarlas.

Y... no va más, porque aunque la materia es inagotable, el espacio y el tiempo de que yo puedo disponer son muy reducidos.

Mi enhorabuena cariñosa y leal á Víctor Balaguer y á Eugenio Sellés, de quienes solamente deploro que, valiéndolo que valen, no sean republicanos, como su amigo del alma

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

LA CASTAÑERA

En tosco cajón metida
que sobre ruedas se alza;
á la derecha el anafe
con la sartén *taladrada*;
al otro lado soplete,
fruto, combustible y pala;
«ambos pies sobre la estera,
y ambos ojos en las brasas,»
al llegar las del otoño
tardes frías á doradas,
pregona la castañera:
¿cuántas, calentitas, cuántas?

No sé si de Trapisonda
vino á la corte de España
y no agenciando en *lo otro*
se agarró á vender castañas;
pero sé que es madrileña
en la intención y la gracia
y que del siglo de oro
recuerda escenas galanas.
Como, sin parar, las gotas
penden del caño del agua,
de su boca viperina
cuelga incesante la cháchara.
Ignora el *a be ce de*
de toda ciencia preclara,
pero sabe hasta la zeta
en cualquier astuta trama.
Es redicha, y está pronta
á clavar la aguda sátira,
y á cada instante repite:
¿cuántas, calentitas, cuántas?

Tiene un novio, que es de tropa
y gasta calzón de grana,
y abriga *malas ideas*
y ella lo sabe, y le agrada.
Cada vez que él se aproxima
al puesto de las castañas,
se tira á fondo, y la hembra

con un desplante lo para.
Pero él la ve ya madura
y en tenguerengue en la rama,
y de la esgrima amorosa
combina nuevas jugadas.
La moza todas las noches
del *casto* seno se saca
una enteca cajetilla
de á real, y se la regala.
El la recibe sintiendo
no ser melliza la dádiva,
y oye el pregón que repite:
¿cuántas, calentitas, cuántas?

Tiene otro novio, que explota
en el mercado una *tabla*
y corta carne, y á ella
le gusta el golpe del hacha.
El carnicero le ofrece
de balde la mejor magra
y un hueso para que el caldo
blanco y jugoso le salga.
Ella lo recibe todo
por no decir que no á nada,
y desde el puesto pregona:
¿cuántas, calentitas, cuántas?

Otro novio la persigue...
pero ¿á qué nombrar la sarta?
Tiene más novios la moza
que hay en el saco castañas,
y está en más vidas ajenas
que quien bautiza y quien casa.
Su puesto es cuna de enredos,
cátedra de chismografía,
buzón de toda misiva
y de historietas almáciga.
Esta preciosa figura
en toda esquina se halla,
y canta dándole al *porro*:
¿cuántas, calentitas, cuántas?

SALVADOR RUEDA.

VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE DIOS

Se cuenta que un valentón,
amigo de discusiones,
mantenía sus razones
con el puño ó el bastón.

Opinaba muy formal
que Colón era manchego,
y lo sostenía luego
como cuestión personal.

Decía que Calomarde
era un ministro francés,
y replicaba después:
—Quien lo dude es un cobarde.

Aunque fuese comedido
quien su opinión rebatía,
tan pronto como le oía
se daba por ofendido.

Y en la sandez más probada
encontraba asentimiento,
porque en pos de su argumento
se oía la bofetada.

Por todas estas razones,
en cuánto hablaba el matón,
conformes á su opinión
marchaban las opiniones.

Atentos á darle gusto,

por temor de algún agravio,
decíanle:—Usted es un sabio
y siempre se halla en lo justo.

Y como nadie quería
demostrar que se fundaba
la adulación que mostraba
en el miedo que sentía,
fué diciendo todo el mundo,
para ocultar su temor,
que el fiero disputador
era un sabio muy profundo.

Y tanto hicieron correr
los engañosos rumores,
que sus propios inventores
los llegaron á creer.

Y al ver su celebridad,
loco de satisfacción,
llegó á decir el matón:
—¡Dios mío, será verdad!

Y fué verdad, que aunque fuera
cualquier hombre lo que fuere,
si es que todo el mundo quiere,
será lo que el mundo quiera.

RAFAEL TORROMÉ.

LA DENTICIÓN

La naturaleza es sabia,
según informes auténticos,
y mucho más previsora
que cualquier ayuntamiento.

Echan los dientes los niños
tras fatigosos esfuerzos,
y cada diente les cuesta
muchos días de tormentos.

Fiebres, catarros, berrinches,
eternas noches sin sueño...
y al fin y al cabo se mueren
casi el sesenta por ciento.

Luego, á la postre, resulta
que no servían aquéllos
y hay que esperar á que broten
en su lugar otros nuevos.

Y eso es lo que á mí *me puede*,
como dicen en mi pueblo,
porque de tales trastornos
la necesidad no veo.

¿A qué vienen los segundos
si los que había eran buenos?
Y si los segundos quedan,
¿para qué echar los primeros?

SINESIO DELGADO.

¡OJO!...

¡Mucho ojo!

Veán ustedes con quién tratan.
Que hay síntomas alarmantes.

Donde menos se piensa se tropieza con uno de *acá*.

No todos los hombres son de bien, ni todos disfrutan de su cabal razón.

A lo mejor creen ustedes que hablan con un amigo, y hablan con otro.

No se puede dar crédito ni á los propios ojos, ni al oído, ni al tacto.

De repente abandona la carrera de las armas ó del estoque un joven matador de novillos al parecer, y abraza el arte lírico italiano, aunque impuro al principio, como es natural que ocurra.

—Hombre, parece raro—dice el observador,—haber descubierto en un joven que mata novillos voz de tenor!

Es como si por el nombre de un sujeto ó por el apellido se descubriese que era sordo.

Pero fué un hecho innegable.

El Toledano se arrancó á cantar por ópera latina—como decía un compañero del artista.

Ahora se ha revelado otro género en sentido inverso.

El apreciable tenor señor de Sánchez Mula se ha largado al ruedo.

A estas fechas lleva ya sobre su conciencia de matador de novillos treinta y tantas «víctimas» ejecutadas por él á estoque solo, según creo, en diversos proscenios taurinos.

Un joven aristócrata é inteligente, según dicen, prueba á declamar en público para ver si se decide á declararse cómico de primera.

Un niño cuasi rompió á escribir coplas y aun dramas, según cuentan, abandonando el hogar paterno político de su padrastro, que es un hombre honrado aunque droguero ambulante.

Cuando esperan ustedes ver á un muchacho en el foro ó en la tribuna luciendo su talento y su oratoria, se arranca por peteneras y se dedica á Breva, ó sea á cantante español cástizo.

El médico que sale literato ú orador, ó lo que sea, revela cierto malestar social; pero no merece que se le censure.

Dios y él saben si es lo menos malo que pudiera hacer.

Ello es que aun en el propio domicilio es necesario vivir con precauciones.

A un caballero, amigo mío, que tenía tres hijas, le salieron las tres triples una más fogatta que otra, pero las tres con voz y con vocación para el teatro por kilos y por medios.

¡Qué cosa aquella!

La madre había fallecido á consecuencia de un antojo que sintió hallándose en estado de sitio.

Un antojo imposible de satisfacer.

Vió al capitán general del distrito en un día de revista, y se le antojó morderle las guías del bigote.

Lo mismo que hacen los gatos unos con otros.

El marido procuró disuadirla de semejante obsesión; pero no logró conseguirlo.

El pobre hombre vacilaba, y aun se resolvió cuasi á detener al capitán general.

Pero le contuvo la idea del puntapié que respondería á su petición.

Pues las tres niñas, que habían pasado su infancia encerradas como palomas, sin ver la calle más que desde los balcones de un cuarto piso con dos suelos, esto es, con entresuelo y primero, resultaron librepensadoras y artistas.

¡Y poco cuidado que ponía el pobre padre en que no oyerán siquiera hablar de la Montes y de la Cúchares y de la Campos y de la Chiclanera y demás, para que no se despertara su emulación!

Pero no le sirvió.

Las tres sirven hoy en el cuerpo de coros.

Mientras el padre, el pobre padre, que vive con las niñas... toma cada pítima á la salud del arte, que asusta.

Él, que había sido siempre un funcionario y un político sin tacha y un esposo y un padre «tiernos...»

Verdad es que más tierno que hoy nunca.

EDUARDO DE PALACIO.

EPÍLOGO

Vió entre las trenzas de sus cabellos
algunas canas;
vió que el reinado de su hermosura
ya vacilaba;

que sus constantes adoradores,
con diplomacia,
poquito á poco del lado suyo
se retiraban,
y antes que darse Matilde un día
por destronada,
vendió sus trenes, sus ricas joyas,
sus muchas galas,
y abandonando con tiernos ojos
su linda casa,
Madrid quedóse con una menos;
la cortesana
marchóse en busca del aire puro
de la montaña.

Fueron á poco sus distracciones
sobrado cándidas;
y era de verse cómo la reina
de la elegancia,
la que en la corte *principes rusos*
tuvo á sus plantas,
la que lucía piedras preciosas
en la garganta,
era de verse cómo, del brazo
de una criada,
se entretenía con el paisaje
de la montaña,
y los pastores la divertían
charla que charla
de aquellos lobos que en el aprisco
se merendaban
todas las noches alguna oveja
ó alguna cabra.

Notó Matilde que con el aire
de la montaña
iba adquiriendo las energías
que malgastara,
y un día, al verse de cuerpo entero
muy bien copiada
en un arroyo (que por entonces
no murmuraba),
estuvo á pique de arrepentirse
de ver sus gracias
entre las peñas, entre los riscos,
entre las jaras...
Pero el pasado surgió á su vista
con sus desgracias;
sintió con pena que el arroyuelo
le murmuraba;
se fué; durmióse; soñó un poquito...
y después, nada.

Y así, tranquilo y en paz el tiempo
se deslizaba;
y así los días y así los meses,
como la santa,
iba pasando la Magdalena
de Dios en gracia.
Pero el demonio, vestido entonces
de tosca abarca,
guardando chivos entre las peñas
y entre las jaras,
pero fornido, robusto, hermoso,
de hombruna estampa,
flechó á Matilde con los *destellos*
de su zamarra,
y al fin volvióse la arrepentida
tan cortesana
como en la corte, como en los tiempos
en que imperaba...

ANTONIO MONTALBÁN.

CANTARES

Tus suspiros son aire,
mi amor es fuego;
no suspires, muchacha,
porque me enciendo;
y si suspiras,
échame el agua fresca
de tus caricias.

He probado muchas veces
á romperte la cabeza,
pero, por fin, me he cansado,
porque no puedo con ella.

Las flores que me regala,
¡mira tú si yo la quiero
que las guardo en una caja!

Te pareces á un planeta
en dos cosas esenciales:
en que eres un cuerpo opaco
¡y en que tienes habitantes!

En un libro de memorias
apuntaba yo mis penas;
¡mira tú si habré penado,
que ya no cabe una letra!

Yo pagaré cuando pueda;
pero dame otros zapatos,
porque lo que es los que llevo
te están descreditando.

Saldemos una cuenta,
niña del alma;

tú me debes un beso:
¿quién me lo paga?
No me impacientes,
que te embargo y me cobro
los intereses.

RAMÓN TRILLES.



DON JOSÉ ZORRILLA

El gran poeta castellano, honra de las letras españolas y una de las más grandes figuras del presente siglo, ha muerto el día 23 del corriente.

MADRID CÓMICO se asocia al duelo nacional.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Figuritas.—*Ausente.*—Las dos tienen el mismo grave defecto: la cursilería.

Valentin.—Esa, además, no tiene más que tres versos con la medida reglamentaria. ¡Y se compone de ocho!

Najú.—Lo siento mucho, pero ya habrá usted oído decir que no podemos admitir artículos.

Sr. D. M. M.—Inocente como ello sólo.

Sr. D. E. D.—Baeza.—Recibida y hecha la renovación.

Sr. D. M. S. F.—El primer soneto es fuerte como una guindilla, y el segundo de un asunto personal que no cabe en el periódico.

Sr. D. F. M. Y.—Zúñiga, que es persona

sencilla y buena,
le atiende á usted y no quiere
dejar la amena
literatura...
porque no se malogre
la criatura.

Sr. D. M. S. T.—Madrid.—Usted mismo comprenderá que no son de la índole del MADRID CÓMICO.

Cintruéniguez.—¡Ojalá los dibujos hubieran sido como las coplitas! Lo cual no quiere decir que éstas deban publicarse, porque al público ¿qué le importa eso?

Marcos de Obregón.—Se publicará... suponiendo que tenga usted la bondad de remitir la verdadera firma.

El Doctor.—Poquita cosa, y sin mucha sustancia que digamos.

Estrella matutina.—Dirá todo el que lea

su Becqueriana:
¡Redios con el lucero
de la mañana!

Cid.—Bueno, sí señor; pero quien hace caso de imbéciles en el pecado lleva la penitencia.

Sr. D. J. G. C.—No deja de tener cierta gracia, pero tiene también un inconveniente, y es que la mitad de los lectores se quedarían á oscuras.

Caraculíambro.—En este mismo número verá usted que no había nada de lo dicho. Y crea usted que siento de veras no poder complacerle... todavía.

Marcolfo.—No hay que buscar cotufas en el golfo
ni publicar las coplas de *Marcolfo*.

P. A. Checo.—¿No le parece á usted que están demasiado retorcidas las frases por buscar el efecto del retruécano?

Sr. D. R. M.—Hay que desechar la idea de los albums. Porque perjudica notablemente y no se puede decir otra cosa que vulgaridades.

Roqueta.—Dedicar á un solo lirio
tantas líneas, ¡más de ciento!
es condenarle al martirio
y ponerle en el tormento.

El domador.—Casi todos los versos están mal medidos. Y eso hace mucho daño.

Sr. D. L. G. J.—Yo no entiendo mucho de dibujo, pero me da el corazón que esos *monos* están mal hechos.

P. León.—Con harto dolor de mi ánimo, no puedo aprovechar nada de los cantares ni de las *menudencias*.

Cesto.—Vamos, menos mal que usted mismo reconoce sus propias mimbres.

Sr. D. A. G.—Publicaré lo último, porque se me antoja que tiene gracia:

«Tan sólo existen dos
que puedan realizar
vivir bajo del mar:
y son Peral y Dios.»

Así, Peral delante para que no se ofenda.

Madrid, 1893.—Tip. de los Hijos de M. G. Hernández, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado, bajo.—Teléfono 934.

ANUNCIOS



Otro gallo nos cantara
y seríamos felices
si tuvierá todo el mundo
dos camisas de *Martinez*.
San Sebastián, 2.

MADRID CÓMICO

SEMANARIO FESTIVO É ILUSTRADO



El día 1.º de Febrero de 1883 se publicó el primer número (segunda época) de este periódico. Sin contar, pues, con la primera, llevamos diez años de vida independiente y próspera, gracias al creciente favor del público y á la amabilidad de los distinguidos escritores y dibujantes que nos han ayudado á dar á la estampa los 519 números publicados hasta hoy.

Como de alguna manera hemos de solemnizar el fin dichoso de nuestra primera década, no hemos encontrado mejor idea que la de pagar á nuestros lectores favor por favor.

En fin, para no gastar tiempo en balde, sepan ustedes que desde 1.º de Febrero de 1893 la redacción *fija* del periódico queda constituida en la forma siguiente:

ARTÍCULOS

SRES. ALAS (D. LEOPOLDO), *Clarín*.—MATOSÉS (D. MANUEL).—PALACIO (D. EDUARDO).—PEÑA Y GOÑI (D. ANTONIO).—PICÓN (DON JACINTO OCTAVIO).—SÁNCHEZ PÉREZ (D. ANTONIO).—SELLÉS (DON EUGENIO).—TABOADA (D. LUIS).

POESÍAS

SRES. AZA (D. VITAL).—ANSORENA (D. LUIS).—BUSTILLO (DON EDUARDO).—DELGADO (D. SINESIO).—ESTREMEIRA (D. JOSÉ).—YRAYZOS (D. FIACRO).—JACKSON VEYAN (D. JOSÉ).—LÓPEZ SILVA (DON JOSÉ).—PÉREZ ZÚÑIGA (D. JUAN).—RODRÍGUEZ CHAVES (DON ANGEL).

DIBUJANTES

CILLA.—MECACHIS.—ESCALER.—MELITÓN GONZÁLEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Redacción y Administración: PENINSULAR, 4, PRIMERO DERECHA

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

CHOCOLATES Y CAFÉS DE LA COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID



Si están calvos en la China,
no será de cavilar.
¡Será por no usar la *Quina*
de casa de *Palomar!*

Droguería y Perfumería,
Fuencarral, 24.



¿Odiáis el vino cristiano?
¿Lo preferís puro y sano?
¡Pues encargad que os lo lleve
la bodega de *Medrano!*

Plaza de Matute, nueve.



De Londres, de Alejandría,
de Berlín y de Damasco
hay gente, de noche y día,
viendo la sombrerería
de *M. García Carrasco.*

Carretas, 26.



El que ponga luz eléctrica
y quiera tener *buen fin*,
vaya al establecimiento
de *D. Manuel Florentín.*

Ballesta, 20.



—¿No es de *Pesquera* ese traje?
Pues no vaya usted en primera,
que no se puede ir de viaje
sin un traje de *Pesquera.*

Magdalena, 20.



Para melancolías
no hay más calmantes
que las *fotografías*
interesantes.

Catálogo 50 céntimos en sellos, dirigidos á
The Publishing Office.—Amsterdam.



Dijo el sabio Salomón
á las horas de comer:
¡Para hacer la digestión
Cognac fino de Moguer!
Sobrinos de Guinea.—Carretas, 27.



Compré á *M. Sanz* unas gafas,
y ya nadie me la pega,
porque soy corto de vista,
pero veo á cuatro leguas.
Príncipe, 20.



La caries de las muelas
sólo se quita,
sacando de la boca
las muelecitas.
Tirso Pérez, Mayor, 73.



Sueñan todos los cesantes
con que los van á emplear,
y todos los elegantes
con *Colonia Palomar.*
Fuencarral, 24.
Droguería y Perfumería.



Una vida se pasan perra y maldita
los pastores que viven en la majada,
porque no hay en la sierra ni una camita
del *Bazar de la Plaza de la Cebada.*

Número 1.